

LA CACERÍA



JULIO ÁNGEL OLIVARES MERINO
LA CACERÍA

Título: *La cacería*.

Primera edición: septiembre 2022.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Julio Ángel Olivares Merino.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-7-9

Depósito legal: AB 409-2022

IBIC: DCF

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Poesía

*A Laura, por abuyentar a los lobos, por entender al niño,
por acogermme cuando atardece y amanecer cuando me desvelo.*

*A mis padres, por sus nanas. Por cuidarme aquí y allá,
ayer y siempre, en cuna, dormitorio y en cada hogar de vida,
por prender el cielo durante la noche.*

*A Raquel, cinco sentidos, rima y senda, consejo y
aprisco durante la cacería.*

*A Luz, por pintar sobre mis versos, por hacerme creer que
podía mudar y contagiar la piel leve.*

*A Ana Martínez Castillo, por sonreír generosidad,
por reservarme un latido de poesía y limbo.*

*Yo morí por la Belleza,
pero apenas estaba colocada en la tumba,
cuando uno, que murió por la Verdad,
fue tendido en un cercano lugar.
Me preguntó en voz baja «por qué había muerto».
«Por la belleza» —respondí—.
«Y yo por la Verdad. Ambas son la misma cosa.
Somos hermanos» — dijo él—.
Y así hablamos desde nuestros aposentos
como parientes que se encuentran en la noche,
hasta que el musgo alcanzó nuestros labios
y cubrió nuestros nombres.*

Emily DICKINSON, *El viento comenzó a mecer la hierba*

*En cambio, los recuerdos, espejismos del miedo, son dulces a la lengua,
pero roen el corazón como alimañas.*

Julio LLAMAZARES, *La lentitud de los bueyes*

Prólogo

Los recuerdos nos acompañan desde el comienzo de la vida. Asociados siempre a distintos tipos de emoción, guardamos algunos, desechamos otros por medio de mecanismos mentales no siempre conscientes. Conforme pasa el tiempo, los almacenamos en el hipocampo y en otras zonas de nuestro cerebro hasta convertirlos en peldaños que nos sostienen y ayudan a forjar nuestra identidad. Sin embargo, como sostuvo David Hume en su *Tratado sobre la naturaleza humana* (1779-1740), la identidad es inestable, «no existe ninguna impresión constante e invariable. El dolor y el placer, la pena y la alegría, las pasiones y sensaciones se suceden las unas a las otras y no pueden existir jamás en un mismo tiempo» (Vicente Viqueira, trad., 2001:190). Por lo tanto, no existe una idea fija del Yo. ¿Por qué entonces nos empeñamos en atarnos a lo ya vivido? ¿Actuaríamos de la misma manera si fuésemos seres inmortales? ¿Qué miedos nos acechan para que nos obsesionemos con no poder retener nuestros recuerdos? H.P. Lovecraft, en su obra *The Supernatural Horror in Literature* (1927), sostiene que, desde el comienzo de los tiempos, el ser humano se ha sentido terriblemente acosado por el miedo a lo desconocido, por aquello que no puede controlar y que, por tanto, lo convierte en un ser sumamente vulnerable. La tanatofobia o ansiedad por la muerte es posiblemente uno de nuestros miedos más frecuentes.

Dejando reposar momentáneamente estas preguntas y reflexiones que, como veremos, están directamente relacionadas con la obra que nos ocupa, hagamos un breve recorrido, a modo de itinerario, por la producción literaria de Julio Ángel Olivares Merino. Julio Ángel Olivares Merino es profesor titular del Departamento de Filología Inglesa de la Universidad de Jaén, músico, crítico de literatura y cine, traductor, director de UniRadio (emisora vinculada a la Universidad de Jaén) y escritor. Ha publicado más de una veintena de obras de ficción, incluyendo novela, relato, fábula y teatro. Toda su producción literaria, y artística en general, está enmarcada en la literatura de terror o, siendo más precisos, «en los dominios de lo fantástico-terrorífico... acudiendo a motivos propios de la ficción de horror con marcado efecto emocional», como apunta Natalia Álvarez Méndez, prologuista de su magnífica y más reciente novela *La piel leve* (2020). Entre sus obras cabe también destacar *Condado de brujas* (1994), *Crepúsculo Vitae* (1998), *Los desvelos de Lilith* (2004), *Paralelo a tu expirar* (2008) y *Sonambulia* (2013).

La cacería es su primer poemario y en él hallamos una poesía profunda y de naturaleza depurada, con menos tintes barrocos, quizás, que en obras anteriores. El poeta jienense posee un dominio absoluto del lenguaje, expresa lo que quiere y como quiere, aun cuando el tema que trate pertenezca al terreno de lo inefable y a esa «insoponible levedad del ser», como apuntara Milan Kundera, que nos apresa. En manos de Olivares Merino, el lenguaje se convierte en telar de diseños propios, genuinos, con matices absolutamente precisos y definitorios sobre la cartografía del terror. Destacan la originalidad y creatividad del poeta y sorprende, asimismo, la combinación que hace de palabras que normalmente no solemos encontrar en un mismo campo semántico, y si bien es verdad que la poesía se caracteriza precisamente por ese tipo de licencias, es cierto también que su forma de amalgamar realidades cotidianas con aquellas más propias de un escenario sobre-

natural y de terror provoca asombro y extrañamiento en el lector, sin que por ello se pierda el sentido y significado de lo que se describe. Sirvan de ejemplo los siguientes versos: «hay un labio amargo y un suspiro / una larga lengua envenenada / que madruga para masticar el sol y desteñirlo» o «Un compás riela y cincela el mundo, / danza sobre su insomnio y crea».

En cuanto a la imaginería que forma la columna vertebral de esta colección, esta parece emanar de los recovecos más ocultos de la mente humana, de ese lugar donde habitan nuestros miedos más inconfesables pero que, de alguna manera, toda persona identifica y reconoce como propios. En *La cacería*, Olivares Merino pone en palabras aquello que teme ser pronunciado. Da voz a lo que no se quiere oír, ese murmullo lejano que tintinea en nuestro fuero interno, que nos ronda como un mal presagio en cada momento de felicidad, pero que preferimos ignorar. Estamos, por tanto, ante un poeta valiente que se enfrenta al mundo umbrío, a las sombras que acompañan toda existencia, a esa «oscuridad... opaca y muda... / [que] se viene encima, con sus branquias añosas». El poeta va, paso a paso, poema a poema, orquestando una partitura macabra que emana de cada sonido, que multiplica los matices de cada verso, creando diferentes y variados estratos de significado a medida que, conforme avanza la obra, nos adentramos en el mundo de las sombras y la muerte. Podemos, por tanto, situar *La cacería* dentro de los enclaves de la poesía de terror, cuyos protagonistas son la muerte y el reino de la Umbría. La muerte, personaje neutro en la mayoría de las culturas, adquiere aquí entidad antropomórfica en forma de anciana. Es la parca Morta en forma de vieja que acecha la vida, que mata la belleza; es Lilith hambrienta, que devora el pulso, que cual «hiedra enferma» cubre el verdor tiñéndolo de sombras; es Pesta, que avanza por los pueblos y se cuelga por las ventanas abiertas en la noche con el propósito de cortar el hilo de la vida, sin pedir permiso, destruyendo el sentido del hogar y los recuerdos.

El uso frecuente de anáforas que otorgan énfasis y ritmo a los poemas, de voces en cursiva en primera persona que llaman al misterio y esa música macabra a la que antes aludía, hacen que el público lector quede preso del embrujo desde un primer momento y que el viaje del poeta se convierta simultáneamente en el viaje de los y las leyentes, pues, dada la implicación como seres mortales que somos, no podemos ser meramente espectadores. Las voces poéticas se entremezclan, una tercera persona que narra lo observado y que recorre lo vivido se funde o queda interrumpida por una segunda persona del singular que establece un diálogo interior con el poeta e insiste en mirar la realidad circundante con nuevos ojos, para sentirla, para ser consciente de ella y detener el tiempo, pues «las flores se deshojan un día más / sobre las pozas del olvido». Es precisamente esta lucha desesperada e imposible sobre el paso del tiempo que hace que este poemario evoque una nostalgia doliente y un tono desolador y de desesperanza que nos recuerda a «Los hombres huecos» o *La Tierra Baldía*, de T. S. Eliot o la poética de John Keats sobre la evanescencia de la vida y el paso perecedero de cada instante, pues la madurez, «tras coserle los labios al niño huésped», crea «madrigueras de dolor donde antes crecía el mimo», como bien señala Olivares Merino.

La cacería presenta una estructura tripartita. La primera, «Los descalzos», con un epígrafe en cursiva que atestigua «*He despertado alimentando cipreses...*» representa la infancia recordada, el hogar, los seres y objetos queridos, el ayer, en definitiva, que se escapa por «puertas que no abren» al pasado. La segunda, «Tráqueas» que comienza con el testimonio «*He sufrido arrancando cipreses...*», describe la ruptura paulatina con el cordón umbilical de la madre, la conciencia de la muerte, la adolescencia y la juventud teñidas de negrura. Es el mundo umbrío desde dentro, un mundo de pesadilla, «sin tren de regreso», un infierno lleno de ojos que gritan. Finalmente, la tercera parte, «Polillas», cuya voz poética proclama: «*He vivido*

recordando cipreses... siendo uno en flor...», representa el mundo de la adultez, de la total desesperanza y la espera del desenlace final. Es la victoria de la Umbría que «va de cacería». Aquí el poeta encuentra «Mil y unas llaves de luz que no encajan», «polillas que se duermen y cubren las tumbas». En su conjunto, cada una de las tres partes anuncia lo que está por venir en la siguiente, las imágenes entre una y otra se repiten y cobran un sentido mucho más claro que en la sesión anterior, como piezas de un puzle flotante que finalmente terminan por encontrar su sitio. Las tres conforman una cosmogonía del dolor que surge del hecho de ser conscientes de que la muerte acecha, que «llama a las puertas y por las ventanas entra».

La cacería, en definitiva, muestra una poesía en movimiento, con una estructura nítida, que hace eco del *Bildungsroman* en narrativa y que marca el ritmo hacia un destino: el de intentar comprender la condición humana. Los recuerdos, a los que aludía al comienzo de este prólogo, y el temor constante a perderlos, son evidencia del grito mudo y angustioso que supone conocer la existencia de Cronos, de su ritmo implacable y del devenir de la muerte. Estamos, por tanto, ante una poesía de reflexión que Julio Ángel Olivares Merino escribe para dar voz a sus temores más íntimos y así calmar su sed de desesperanza.

María Luz González Rodríguez
Universidad de La Laguna

I
Los descalzos

He despertado alimentando cipreses...

Umbría (cepos)

Las campanas y su terciopelo de tañido
aturden las ceremonias del pensar.
Un sol calcinado de invernadero
se le sale por la tráquea,
por el estigma apetente.
Arrastra cascabel de ojos agrietados la vieja,
con esa lentitud del nubló que expira,
y viene al encuentro cual ídolo de mimbre,
al encuentro de los columpios vacíos y su vaivén,
devorando los versos, como un río cicatriz.

Es la cacería en un mundo de nidos rotos,
de madrigueras sin umbral, de lívido arrullo,
de camastro y vientre sin albergó, sin santo o seña,
de nanas llorosas, de cepos en carne viva.
Y no, no huele a plomo sino a entrañas reseca,
a encarnadura y jalea, a buitrón y viscosa víbora.

Allá donde hoy brilla el cáliz sereno,
morderán la arena, la lágrima y el misal.

Sed

La sed es una luz de gálibo escurrida en la orilla,
un cruel encaje de rimas y sensaciones,
un galgo cuyos ojos parpadean y se hieren;
un ave de paso, sin alas y sin cuerpo,
cual guirnalda de acequia, sin algodón de luz.

La sed es un acorde que descarrila a solas,
que suena a entonces y desgarrar el instante.
La sed es sed de sed también, espejo quebrado,
ebrio de vacío, fragua de párpados crudos.

Y muda es la sed, belfo narciso y nómada,
el despecho del tiempo que se agrió,
mordaza en el vagón de otoño, gris de óxido,
pie blando y un adiós sobre el tablado;
sin faz, dormida como trezna del dolor;
muerta, muy muerta y desnuda al pasar.

La casa

No todo es inerte, ni es en vano el llanto.
Pesán los crucifijos y las sombras... *mira*.
Gira el iris del ayer entre juguetes raros
y se humedecen los techos tardíos, su lana resina.

Siente... laten sus nidos, como entrañas de pasa,
cual cascabel en paladar de alma, abierta en canal,
la casa del siempre, la casa del nunca... *mira*.

Pasea la mortaja de charol, la higüela en ristre,
tan egregia y enterrada, con volantes rígidos
y el tañido del buitre en dolidas estancias.
Allá, tan dentro, ¿quién?, ¿quién es?
Lo sé, no lo digas, el buhero la corteja,
una pupila y su canela, incienso bajo el cieno;
los perros de pelaje rojo le lamen la náusea.
Priman los espectros de tertulia opaca
y se adhiere la recova al alma de tul.
Mira y siente.

Es aquel hogar, esta casa y ella.
Los lápices tristes escriben sobre la hiel,
siembran de cal las rondas de rezos,

y parecen murmurar las ortigas y los goznes,
el veneno del vacío y las ciegas puertas.

Hay pasos en la bruma y nombres tensos,
conversaciones mullidas de nicho y rececha;
hay velatorios sin promesa de cielo,
cirios en silencio en torno al grito.

Y las flores se deshojan un día más
sobre las pozas del olvido.

Mira y siente...

Un tapete de esquelas en vuelo, *mira...*
Los rostros sangran sin torso febril,
sin manos torpes ni bocas prietas.
¿Quién es? El viento que matea.

Un lamento compartido en la mirada.
Por más que enlutado parezca el aquello,
y aunque los ríos se sequen en el corredor,
sigue creciendo la espuela y tu sed,
por más que el frío respire en los ojos del lince,
trofeo de taxidermia y vesania... *mira.*

Mira y siente...

A tientas, con las yemas de encaje,
meceres recuerdos al vuelo.
Y hay rescoldos que encanecen al soñar
y dos manos que se multiplican y ceden
y un corazón en ascuas que, sigiloso, agoniza:
es el sol que susurró infancia y onzas,
el que ayer nos puso en vilo y nos bautizó,
ese radiante orbe que adivino preso,
intramuros, fugitivo, ahora cadáver sin pulpa;
hoguera de huesos y ceniza, truhan de desdicha.

Niños de opalina y murmullo en entrañas,
niños que éramos a la luz de tal embrujo.

Hoy, gemebundo y a trizas, *mira.*

Mira y siente...

El día tiritita, repite nanas de extremaunción,
con sus raspas y sus manías de antaño,
sus hierbajos y estrofas de duermevela,
con sus costillas quebradas de estrella menor.
La casa de entonces y su alma mortecina,
la casa que éramos, la casa *nos mira.*

Nos mira y nos siente.

La casa que rompe a llorar y se vela,
la casa del dónde y el quién, la casa y alguien más;
la casa de fina costra,
de colchas sagradas, de fiebre y caricias,
la casa hundida mil olas atrás.

Hogar

No tiene iris, es ciega y desde la noche te contempla;
su corazón sabe a nublo o a vigilia de muerto.
La casa es un alud de vejez y disonancia dormida;
su cerebro es jirón de tripas, hedor a anís.
Es voz en desagüe, coágulo y cerco de ausencia;
sus uñas rebuscan en dormitorios de barro,
entre las pálidas ruelas y la crin de escoba.

Esta es la casa que vocifera en tus sueños,
que te calca la respiración y tus costillas retuerce;
la casa de los visillos en deambular,
la celda y el maullar de los gatos deshuesados;
certero su vaho en susurro, el moho recuerdo.
Te ha reconocido, errático como el humo del desliz;
la casa eres tú, su luto, su chirriar a solas,
tu piel sincera, tú y un tintineo de marea.

Al desollarte el aliento, aún hueles a su betún añejo,
al cimbel que embosca tu garganta.
Un farol de exequias y luna pende de tu hiel
y fermentan las mandíbulas sobre el crespón del silencio.
Abre sus entrañas la casa de los ecos y la hiedra enferma,
te surca y amordaza, se hinca en tu pulso y tu olor,
y sangras en su umbral mientras ella se muestra hambrienta.

Desamparo

Queda un responso de catecismo tan puro
como un espectro de cejas albinas,
rondando los sumideros y el frío;
una gran fosa de ecos y una herida,
una llave atascada bajo los párpados
y el color del ahogo que se descose.

Hay un gemido que el intestino desordena,
como un credo teñido de niebla y sal,
una gota soñada a través del hierro,
cayendo desde el cadalso del garfio hediondo,
desde el grifo de las yemas gélidas y el ayer,
desde el miedo en carne viva que la ausencia dicta.

¡Qué frío el de los niños sin faz ni pájaros en seno!
El de aquellos sin huellas ni costuras del día a día,
el de quienes fingen estar y duermen la muerte,
descalzos.